

Introducción a la semana

Lun
25
Mar
2019

Evangelio del día

[Tercera semana de Cuaresma](#)

Hoy celebramos: **Anunciación del Señor**

“Hágase en mí según tu palabra”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 7, 10-14; 8, 10b

En aquellos días, el Señor habló a Acaz y le dijo:

«Pide una signo al Señor, tu Dios: en lo hondo del abismo o en lo alto del cielo».

Respondió Acaz:

«No lo pido, no quiero tentar al Señor».

Entonces dijo Isaías:

«Escucha, casa de David: ¿no os basta cansar a los hombres, que cansáis incluso a mi Dios? Pues el Señor, por su cuenta, os dará un signo. Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, porque con nosotros está Dios».

Salmo de hoy

Salmo 39, 7-8a. 8b-9. 10. 11 R/. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y, en cambio, me abriste el oído;
no pides holocaustos ni sacrificios expiatorios,
entonces yo digo: «Aquí estoy». R/.

«-Como está escrito en mi libro-
para hacer tu voluntad.»
Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas. R/.

He proclamado tu salvación
ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios, Señor, tú lo sabes. R/.

No me he guardado en el pecho tu justicia,
he contado tu fidelidad y tu salvación,
no he negado tu misericordia y tu lealtad
ante la gran asamblea. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 10, 4-10

Hermanos:

Es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados.

Por eso, cuando Cristo entró en el mundo dice:

«Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas,
pero me formaste un cuerpo;
no aceptaste holocaustos
ni víctimas expiatorias.

Entonces yo dije: He aquí que vengo
-pues está escrito en el comienzo del libro acerca de mi-

para hacer, ¡oh, Dios!, tu voluntad».

Primero dice: «Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, ni holocaustos, ni víctimas expiatorias», que se ofrecen según la ley.

Después añade: «He aquí que vengo para hacer tu voluntad».

Niega lo primero, para afirmar lo segundo.

Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 1, 26-38

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María.

El ángel, entrando en su presencia, dijo:

«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo».

Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo:

«No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin».

Y María dijo al ángel:

«¿Cómo será eso, pues no conozco varón?».

El ángel le contestó:

«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque "para Dios nada hay imposible"».

María contestó:

«He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra».

Y el ángel se retiró.

Reflexión del Evangelio de hoy

El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros

En perfecta sintonía con la petición hecha en la oración colecta del primer domingo de cuaresma: "Concédenos, Dios todopoderoso, avanzar en la inteligencia del misterio de Cristo y vivirlo en su plenitud", se enmarca la celebración de la solemnidad de la Encarnación del Verbo, cuya oración colecta recoge el misterio de Cristo: "concédenos, en tu bondad, que cuantos confesamos a nuestro Redentor como Dios y como hombre verdadero, lleguemos a hacernos semejantes a él en su naturaleza divina."

El camino penitencial de la cuaresma se ordena, por tanto, al conocimiento progresivo del misterio que se nos ha manifestado y secundando la acción del Espíritu que nos guía y configura con Jesucristo, se abre a la experiencia de solidaridad salvífica mediante la encarnación. Conocimiento no sólo racional sino vital. Proceso de configuración con el Verbo encarnado, de modo que la existencia toda del ser humano que acoge este don, es integrada en la comunión de vida que el Verbo hecho humano posibilita a la Humanidad entera.

Una señal: Dios con nosotros

El profeta pone en evidencia la indiferencia de Acaz oculta bajo una capa de falsa piedad: "no quiero tentar al Señor." La respuesta que recibe manifiesta lo que esconde la actitud del rey y se dirige a la casa de David. Cansáis a los hombres y a Dios. La gratuidad de la señal, que a pesar de su desinterés y del olvido de todo lo que el Señor ha hecho en favor de Israel, Dios le ofrece se convierte en indicador de su plan en favor de la humanidad: "la virgen está encinta y da a luz un hijo." La señal es el hijo cuyo nombre "Enmanuel" revela la cercanía de Dios a pesar de la rebeldía de su pueblo. Es preciso tener presente lo que significa para todo ser humano la permanencia de esta señal. Descubrir cada día cómo la definitiva solidaridad con cada ser humano, a través de lo que este nombre significa, deviene en gozosa realización personal hasta alcanzar su plenitud y produce una extraordinaria alegría, porque por fin se hace realidad la más profunda aspiración de la persona: vivir en comunión con Dios, con sus semejantes y con toda la creación.

Quedamos santificados por la ofrenda que de sí hace el Verbo encarnado

Vivirlo en plenitud, se dijo al comenzar la cuaresma. Hacernos semejantes a él en su naturaleza divina se dice en esta solemnidad. Dos formas de expresar una misma realidad. La carta a los Hebreos lo resume diciendo: "Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre." La humanidad del Verbo es nuestra humanidad. La disponibilidad del Verbo para llevar a cabo la voluntad del Padre da origen a la salvación ansiada y esperada desde el comienzo de la andadura humana. Una promesa hecha al comienzo sin que fuera requerida. La mirada compasiva de Dios, voluntariamente comprometido con la Humanidad; con todos y cada uno de los seres humanos, comunica en un sólo acto de amor la liberación definitiva y aceptada la posibilidad de unirse personalmente con el que ha querido unirse a todo hombre que viene a este mundo, vive una vida nueva expresada en un orden nuevo que se origina en la afirmación: "Aquí estoy para hacer tu voluntad."

Hágase en mí según tu palabra

San Lucas nos regala la narración del anuncio de la Encarnación del Verbo. Un hermoso relato catequético. Un diálogo que revela el infinito respeto de Dios con el ser humano y en la figura de María, la doncella desposada con José, la imagen de una mujer que vive conscientemente su fe. Planteamiento de un proyecto del Padre en el que desea la intervención del ser humano. Puede hacerlo sin contar con él, pero en asunto de esta envergadura, cuenta con su libre aceptación. Si el Verbo se pronuncia antes de la encarnación, María, la mujer que será la puerta por la que entre el Verbo en el mundo y en la historia de la humanidad, "actuando como un hombre cualquiera", deberá pronunciarse también.

Escucha con atención; pregunta ante lo excepcional del anuncio sin exigir pruebas. Recibe la explicación y se entrega totalmente al plan de Dios. Disponibilidad total, en sintonía con la afirmación de que nos habla la carta a los Hebreos. Se trata de la humanidad nueva totalmente identificada con la voluntad del Padre.

Al asumir la humanidad el Verbo, comienza a devolver al ser humano la nobleza de su origen y más aún, lo llevará a la plena comunión con Dios. El sí de María resume toda la expectación y deseo de la humanidad marcada por las consecuencias del pecado de Adán. San León Magno dirá: "Esta naturaleza nuestra quedó viciada cuando el hombre se dejó engañar por el maligno, pero ningún vestigio de este vicio original hallamos en la naturaleza asumida por el Salvador."

Esta maravillosa cercanía provoca una sorprendente alegría, porque el invisible se hizo visible, palpable y actuando como un hombre cualquiera, muestra a todos los seres humanos su auténtica vocación que no está reservada a unos pocos sino ofrecida a todos.

Así, la celebración de este Misterio, nos ayuda a prepararnos para la fiesta de la Pascua. En ella se pondrá de manifiesto todo lo que encerraba este abajamiento del Verbo y cómo con su retorno al Padre, la humanidad entera entra con él en la comunión para la cual Dios nos creó.

Por esta ofrenda todos quedamos santificados y como dice el Apóstol en esperanza estamos salvados.



Fr. Antonio Bueno Espinar O.P.
Convento de Santa Cruz la Real (Granada)

Anunciación del Señor

El escenario

Con motivo de esta fiesta, podemos realizar un viaje espiritual al lugar de la Anunciación de María y Encarnación del Hijo de Dios. Cuando llegamos a Nazaret, lo primero que nos llama la atención es la cúpula que corona la basílica de la Anunciación. Con razón ha sido comparada al cáliz de un inmenso lirio invertido.

Al acercarnos a la basílica todo nos habla de María. Las docenas de brillantes mosaicos, que rodean el atrio a modo de claustro, dedicados a las vírgenes patronas de diversos países. Los bajorrelieves que adornan las fachadas del templo. Y una vez en el interior, las pinturas, las vidrieras, los mosaicos y, sobre todo, la letra "M" que se repite una y otra vez en lo alto de los techos y cielos las bóvedas. Todo respira un profundo ambiente que invita al recogimiento y a la oración, que se acentúa, sobre todo, en la cripta.

Precisamente en ese plano inferior se encuentra el lugar más importante de todo el conjunto basilical: restos de un antiguo baptisterio, el basamento que marca el perímetro de la iglesia bizantina y, finalmente, la cueva de la Anunciación. He aquí uno de los lugares más atrayentes para el cristiano que, paradójicamente, se nos presenta revestido de una asombrosa sencillez y pobreza. Una inscripción grabada sobre el mármol del frontal del altar nos recuerda: Aquí el Verbo de Dios se hizo carne».

Nunca deberíamos olvidar la centralidad de este mensaje tan escueto como fundamental para nuestra fe. La fiesta de la Anunciación a María es también, e indisolublemente, la fiesta de la Encarnación del Verbo de Dios. Es éste el acontecimiento que hace girar los siglos. El comienzo de nuestra salvación. Dios ha entrado en la historia humana. Por medio de la Anunciación a María, Dios se ha hecho hombre para que los hombres podamos participar en la naturaleza divina. La luz ha venido a irrumpir en el mundo de las tinieblas.

Como escribía el papa San León Magno en una carta que la Iglesia lee en este día: «El que es Dios verdadero nace como hombre verdadero, sin que falte nada a la integridad de su naturaleza humana, conservando la totalidad de la esencia que le es propia y asumiendo la totalidad de nuestra esencia humana. Y, al decir nuestra esencia humana, nos referimos a la que fue plasmada en nosotros por el Creador, y que él asume para restaurarla».

Siglos más tarde, en un delicioso sermón predicado en la fiesta de la Anunciación, se preguntaba San Juan de Ávila cómo habría de llamar a este día. Sus mismas preguntas, por retóricas que sean, constituyen ya el esbozo para una excelente y profunda catequesis:

'Si le llamamos día del remedio del mundo, esto; si día de redención de captivos, esto; si le llamamos día de desposorios, esto; si día de dar grandes limosnas, esto también. El que supo la misericordia, aquél sea el que nos dé a entender el día que es hoy y nos dé a entender cuán grande sea la gracia que hoy recibió el mundo, y la ponga en nuestros corazones, para que la conozcamos.'

Una vida entera no nos bastaría para contemplar la magnitud de este misterio que ha cambiado la suerte de la historia humana.

Ante el misterio

En la cueva de Nazaret algunos peregrinos antiguos dejaron sus graffitis como señal de su visita a un lugar que muy pronto debieron de considerar como venerable. Los expertos han logrado descifrar uno de ellos que aquí interesa recordar: «jaire», es decir: «alégrate», «Dios te salve», «Ave». Esas palabras del ángel se han convertido en saludo y oración para los cristianos: Ave María, la llena de gracia, el Señor está contigo. En ti y por ti Dios se nos ha hecho Emmanuel, «Dios con nosotros».

Los antiguos padres de la Iglesia gustaron de comparar a María con Eva. Es bien conocido el texto de San Ireneo en el que afirma que 'el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María'. Otros, como San Jerónimo o San Juan Crisóstomo, repitieron una y otra vez que si »la muerte vino por Eva, la vida nos vino por María».

La cueva de la Anunciación, en Nazaret, está cerrada por una verja que parece querer evocar la zarza ardiente en la que Dios se mostró a Moisés. Y con razón, puesto que aquí Dios se hace presente y salvador para siempre. En el sermón mencionado al comienzo, San Juan de Ávila compara la encarnación del Señor con el episodio de la manifestación de Dios a Moisés en la zarza que ardía en el desierto. En ambos casos, Dios daba muestras de interesarse por la suerte humana. Pero si en un caso seguía siendo Dios «sin que le costase nada», en el otro se comprometía hasta el fin, asumiendo la suerte del hombre:

«Hombres, no es ya razón tener el corazón de piedra, sino de carne, pues el Verbo de Dios es hecho carne por nosotros hombres y por nuestra salud. Dios encarnó y fue hecho hombre. Acullá se queda en la zarza, y no tocan a él; acá desciende de los cielos y queda hecho hombre.»

En aquel mismo siglo, San Juan de la Cruz plasmaba en un romance, sencillo y profundo a la vez, su alta contemplación de este misterio:

«Entonces llamó a un arcángel que San Gabriel se decía y envió a una doncella que se llamaba María, de cuyo consentimiento el misterio se hacía; en la cual la Trinidad de carne al Verbo vestía; y aunque tres hacen la obra, en el uno se hacía; y quedó el Verbo encarnado en el vientre de María. Y el que tenía sólo Padre, ya también Madre tenía, aunque no como cualquiera que de varón concebía, que de las entrañas de ella él su carne recibía; por lo cual Hijo de Dios y de el hombre se decía.»

El Concilio Vaticano II ha dedicado al misterio de la Anunciación de María unas hermosas y profundas consideraciones que podemos recordar en la celebración de esta fiesta. En ellas se subraya especialmente la libre cooperación de María con el designio salvador de Dios:

«El Padre de las Misericordias quiso que precediera a la Encarnación la aceptación de parte de la Madre predestinada, para que así como la mujer contribuyó a la muerte, así también contribuyese a la vida (...). La Virgen Nazarena es saludada por el ángel por mandato de Dios como "Illeña de gracia" (cf. Le 1, 28), y ella responde al enviado celestial: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38). Así María, hija de Adán, aceptando la palabra divina, fue hecha Madre de Jesús, y abrazando la voluntad salvífica de Dios con generoso corazón y sin impedimento de pecado alguno, se consagró totalmente a sí misma, cual esclava del Señor, a la Persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la Redención con él y bajo él, por la gracia de Dios omnipotente» (LG 56).

Esta contemplación del misterio de la Encarnación ha alimentado la espiritualidad de los cristianos y ha orientado su presencia activa en el mundo. La Iglesia, imitando de lejos al Verbo de Dios, trata de encarnarse en las realidades de este mundo con el fin de renovarlo con la gracia de su Señor.

En un día como éste, el cristiano encuentra especial sentido a la recitación de una antigua antífona mariana titulada *Alma Redemptoris Mater*:

*Madre del Redentor, virgen fecunda,
puerta del cielo siempre abierta,
estrella del mar,
ven a librar al pueblo que tropieza y quiere levantarse.*

*Ante la admiración de cielo y tierra,
engendraste a tu santo Creador,
y permaneces siempre virgen.
Recibe el saludo del ángel Gabriel,
y ten piedad de nosotros, pecadores.»*

José Román Flecha Andrés.

Mar
26
Mar
2019

Evangelio del día

[Tercera semana de Cuaresma](#)

“Hasta setenta veces siete...”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Daniel 3, 25. 34-43

En aquellos días, Azarías, puesto en pie, oró de esta forma; alzó la voz en medio del fuego y dijo:

«Por el honor de tu nombre,
no nos desampares para siempre,
no rompas tu alianza,
no apartes de nosotros tu misericordia.

Por Abrahán, tu amigo; por Isaac, tu siervo;
por Israel, tu consagrado;
a quienes prometiste multiplicar su descendencia
como las estrellas del cielo,
como la arena de las playas marinas.

Pero ahora, Señor, somos el más pequeño
de todos los pueblos;
hoy estamos humillados por toda la tierra
a causa de nuestros pecados.

En este momento no tenemos príncipes,
ni profetas, ni jefes;
ni holocausto, ni sacrificios,
ni ofrendas, ni incienso;
ni un sitio donde ofrecerte primicias,
para alcanzar misericordia.

Por eso, acepta nuestro corazón contrito
y nuestro espíritu humilde,
como un holocausto de carneros y toros
o una multitud de corderos cebados.

Que este sea hoy nuestro sacrificio,
y que sea agradable en tu presencia:
porque los que en ti confían
no quedan defraudados.

Ahora te seguimos de todo corazón,
te respetamos, y buscamos tu rostro;
no nos defraudes, Señor;
trátanos según tu piedad,
según tu gran misericordia.

Líbranos con tu poder maravilloso
y da gloria a tu nombre, Señor».

Salmo de hoy

Salmo 24, 4-5a. 6 y 7cd. 8-9 R/. Recuerda, Señor, tu ternura

Señor, enséñame tus caminos,
instrúyeme en tus sendas:
haz que camine con lealtad;
enséñame, porque tú eres mi Dios y Salvador. R/.

Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas;
acuérdate de mí con misericordia,
por tu bondad, Señor. R/.

El Señor es bueno y es recto,
y enseña el camino a los pecadores;
hace caminar a los humildes con rectitud,
enseña su camino a los humildes. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 18, 21-35

En aquel tiempo, acercándose Pedro a Jesús le preguntó:
«Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?».

Jesús le contesta:
«No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

Por esto, se parece el reino de los cielos a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus criados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El criado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo:
“Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo”.

Se compadeció el señor de aquel criado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero al salir, el criado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba diciendo:
“Págame lo que me debes”.

El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo:
“Ten paciencia conmigo y te lo pagaré”.

Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía.

Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido.

Entonces el señor lo llamó y le dijo:
“¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo rogaste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de tí?».

Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda.

Lo mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si cada cual no perdona de corazón a su hermano».

Reflexión del Evangelio de hoy

La compasión de Dios invita a perdonar

La plegaria de Daniel se apoya por entero en la misericordia de Dios. La época de Daniel es un período de prueba y de mucha humillación. Los judíos han sido deportados a Babilonia. Son perseguidos. En esta situación de desolación, es cuando Daniel eleva a Dios su plegaria. Y, de esa situación brota la sensación de "estar abandonados de Dios", la peor tentación para el que ha puesto en Dios su confianza. También nosotros, una vez más, hemos de considerar nuestra "pequeñez". Atrevernos a hacer balance de nuestras miserias y pecados. Pedir esa lucidez para poder poner nombre a las cosas es ya un inicio de plegaria.

La misericordia aparece como elemento de la experiencia interior de cada una de las personas que viven un estado de culpabilidad o padecen por cualquier clase de sufrimiento. Tanto el mal físico como el mal moral o pecado hacen que los hijos de Israel se dirijan al Señor recurriendo a su misericordia. Es lo que nos pasa a nosotros, que recurrimos a Dios nuestro Padre, siempre, pero sobre todo cuando nos invade el dolor y la impotencia ante lo que no podemos hacer con nuestras solas fuerzas. Saber vivir esta misericordia, para poder recibirla: perdonar nosotros a los que nos hayan podido ofender. «Perdónanos... como nosotros perdonamos», nos atrevemos a decir cada día en el Padrenuestro. Para pedir perdón, debemos mostrar nuestra voluntad de imitar la actitud del Dios perdonador.

Siempre el perdón...

La Cuaresma es tiempo propicio para recordar el perdón que de Dios recibimos y el que estamos llamados a dar, sobre todo el que brota de un corazón misericordioso. El perdón evangélico, tal como Cristo lo vivió y lo proclamó, supera la simple comprensión que se compadece de la miseria del hombre. Él mismo nos lo hace ver para que lo vivamos de manera consciente en cada uno de nuestros actos y así tengamos presente la necesidad de solicitar ese perdón por parte de aquellos a quienes hemos podido ofender.

Para ser perdonado hay que tener presente el propio pecado y asumir la propia historia. Pero este recuerdo no puede estar al servicio de la culpabilidad, ni debe mantenernos en nuestras miserias. Por el contrario, debe ayudarnos a vivir de cara a Dios con la gracia de su misericordia hecha vida en nuestra propia historia de mil maneras; porque Dios siempre está ahí para acogernos, perdonándonos y amándonos con su amor ilimitado, y esperando de nosotros que hagamos lo mismo con nuestros hermanos. Porque el Dios-misericordia espera de nosotros, criaturas suyas, idéntica actitud hacia nuestros semejantes. Dios prefiere la misericordia y el amor fraternal a todos los cultos, ofrendas, sacrificios que podamos hacer... Y el verdadero ayuno grato a Dios es el que nos mueve a la misericordia para con los demás. Por todo ello, quizás la experiencia más rica sea probablemente haber pasado personalmente por la experiencia de la gratitud del perdón de Cristo. Porque no se puede perdonar verdaderamente como Cristo nos lo pide sin haber sentido personalmente en nosotros el perdón. La Cuaresma es tiempo de oración, de piedad, de estar con Dios, de saberse mirado por Él.

En el Evangelio de San Mateo en este Martes de la III Semana de Cuaresma se nos recuerda cómo Jesús nos invita al perdón. Jesús le recuerda a Pedro que hay que perdonar siete veces siete, es decir, siempre, llegando a la conclusión de que Dios perdonará a aquel que perdona de corazón a su hermano. Una característica importante de la comunidad cristiana como signo de conversión es la capacidad de reconciliación con el hermano.

Pidamos con insistencia el perdón, y tomemos conciencia cuando recemos en el Padre Nuestro: "perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden". Es hermoso vivir en esa actitud constante, y palpar, en muchas ocasiones de nuestra vida, el poder sanador del perdón. El perdón vivido desde la propia experiencia de caída y volver de nuevo a levantarnos, nos cura por dentro, que es en definitiva una gracia extraordinaria que nos impulsa a vivir desde Dios todos los acontecimientos de nuestra vida.

¿Seremos capaces de vivir siempre en actitud de perdón? ¿Recordaremos especialmente las veces que Dios nos ha perdonado y la gracia de volver a empezar de nuevo después de este profundo sentimiento de que algo nuevo surge en nuestro interior después de sentir el perdón y la misericordia de Dios y de los demás?

Que no nos cansemos nunca de perdonar y de ver en los otros siempre lo mejor. Señor, que nuestra vida y nuestras actitudes hablen de compasión, de perdón y de amor.



Monjas Dominicas Contemplativas
Monasterio de San José (La Solana-Ciudad Real)

Mié
27
Mar
2019

Evangelio del día

[Tercera semana de Cuaresma](#)

"No he venido a abolir, sino a dar plenitud"

Primera lectura

Lectura del libro del Deuteronomio 4, 1. 5-9

Moisés habló al pueblo, diciendo:

«Ahora, Israel, escucha los mandatos y decretos que yo os enseño para que, cumpliéndolos, viváis y entréis a tomar posesión de la tierra que el Señor, Dios de vuestros padres, os va a dar.

Mirad: yo os enseño los mandatos y decretos, como me mandó el Señor, mi Dios, para que los cumpláis en la tierra donde vais a entrar para tomar posesión de ella.

Observadlos y cumplidlos, pues esa es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de los pueblos, los cuales, cuando tengan noticia de todos estos mandatos, dirán:

“Ciertamente es un pueblo sabio e inteligente esta gran nación”.

Porque ¿dónde hay una nación tan grande que tenga unos dioses tan cercanos como el Señor, nuestro Dios, siempre que lo invocamos?

Y ¿dónde hay otra nación tan grande que tenga unos mandatos y decretos tan justos como toda esta ley que yo os propongo hoy?

Pero, ten cuidado y guárdate bien de olvidar las cosas que han visto tus ojos y que no se aparten de tu corazón mientras vivas; cuéntaselas a tus hijos y a tus nietos».

Salmo de hoy

Salmo 147, 12-13. 15-16. 19-20 R/. Glorifica al Señor, Jerusalén

Glorifica al Señor, Jerusalén;

alaba a tu Dios, Sión.

Que ha reforzado los cerrojos de tus puertas,
y ha bendecido a tus hijos dentro de ti. R/.

Él envía su mensaje a la tierra,
y su palabra corre veloz;
manda la nieve como lana,
esparce la escarcha como ceniza. R/.

Anuncia su palabra a Jacob,
sus decretos y mandatos a Israel;
con ninguna nación obró así,
ni les dio a conocer sus mandatos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 17-19

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«No creáis que he venido a abolir la Ley y los Profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud.

En verdad os digo que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley.

El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes y se lo enseñe así a los hombres será el menos importante en el reino de los cielos.

Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos».

Reflexión del Evangelio de hoy

¿Quién tiene unos dioses tan cercanos como el Señor, nuestro Dios?

El discurso de Moisés que hoy escuchamos, es una propuesta solemne de aceptación de la Ley, maravillosamente motivada con la apelación al recuerdo de lo que ha sido su experiencia como pueblo.

Israel ha vivido el acontecimiento del Éxodo, su salida de Egipto y su caminar por el desierto como la maravillosa obra de Dios en su favor. El pueblo se constituye como tal, a partir de la experiencia de tener un Dios que se acerca a ellos, que se hace presente en su historia, en el acontecer de cada día, que escucha, que camina junto a ellos... que libera, que salva.

Ese Dios que, a través de Moisés, establece una Alianza con ellos, dándoles una Ley

Para nosotros, quizá la palabra **ley** sugiere fundamentalmente la idea de obligatoriedad. Con lo que tiene de mala prensa todo lo que suena a obligatorio... Pero es que además, es muy probable que en todas partes conozcamos leyes que son verdaderamente injustas, que no buscan el bien común.

No es esa la Ley que Moisés ha entregado al pueblo. En ella se ofrece una guía que permite orientarse en el camino, facilitar el descubrimiento de lo que es bueno para todos y de lo que nos hace daño... No se trata de someterse a la voluntad de un Dios caprichoso, sino de hacernos conscientes de que la Alianza que nos propone es la posibilidad de una vida auténtica. De ahí la insistencia de Moisés.

¿Y para nosotros hoy? La invitación a hacer memoria de la presencia de Dios con nosotros, de su mano fuerte, liberadora y salvadora en nuestra vida. De pasar por el corazón y agradecer. Y de contárselo a "nuestros hijos"...

No he venido a abolir la ley o los profetas, sino a darles plenitud

Continuamos hablando de la ley, familiar también en el evangelio de Mateo. Y en los tres versículos que hoy escuchamos en la liturgia puede sorprendernos el lenguaje utilizado por Jesús. Ha venido para llevar a su plenitud la Ley y los Profetas.

Estamos en el capítulo 5 de Mateo, el Sermón del Monte, la gran declaración de intenciones, el manifiesto del programa de Jesús. Y no comienza con "mandatos", sino con declaraciones de "felicidad" que para la mayoría de nosotros resultan difíciles de comprender. No hay Ley propiamente dicha.

Pero después de eso, aparece Jesús exponiendo su postura frente a la Ley y los Profetas, expresión referida al conjunto del Antiguo Testamento, a la Escritura. No se refiere a las interminables interpretaciones que con el paso del tiempo los judíos fueron dando a la ley, cayendo en una multiplicidad de preceptos vacíos de auténtico contenido. Jesús mismo aparece en este capítulo del evangelio de Mateo reinterpretando la ley con su famoso "Habéis oído... pero yo os digo..."

¿Qué plenitud, entonces, de la Ley y los Profetas? ¿Será necesario para nosotros volver la atención al Antiguo Testamento para asegurarnos de vivir en el cumplimiento de esa Ley? Escuchando a Jesús podemos deducir que no se trata de eso. La Ley y los Profetas alcanzarán su plenitud de sentido en esa Nueva Alianza que Dios hace con nosotros en Jesús.

Sólo Él y su propuesta-invitación encarnan la plenitud. En esta Nueva Alianza no vivimos pendientes de la ley. Sólo queremos seguirle a Él, tratando de aprender lo que es amar



Hna. Gotzone Mezo Aranzibia O.P.
Congregación Romana de Santo Domingo

Jue
28
Mar
2019

Evangelio del día

[Tercera semana de Cuaresma](#)

“El Reino de Dios ha llegado a vosotros”

Primera lectura

Lectura del libro de Jeremías 7,23-28:

Esto dice el Señor:

«Esta fue la orden que di a mi pueblo:

“Escuchad mi voz, Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo. Seguid el camino que os señalo, y todo os irá bien”.

Pero no escucharon ni hicieron caso. Al contrario, caminaron según sus ideas, según la maldad de su obstinado corazón. Me dieron la espalda y no la cara.

Desde que salieron vuestros padres de Egipto hasta hoy, os envié a mis siervos, los profetas, un día tras otro; pero no me escucharon ni me hicieron caso. Al contrario, endurecieron la cerviz y fueron peores que sus padres.

Ya puedes repetirles este discurso, seguro que no te escucharán; ya puedes gritarles, seguro que no te responderán. Aun así les dirás:

“Esta es la gente que no escuchó la voz del Señor, su Dios, y no quiso escarmentar. Ha desaparecido la sinceridad, se la han arrancado de la boca”.

Salmo de hoy

Salmo 94,1-2.6-7.8-9 R/. Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: «No endurezcáis vuestro corazón»

Venid, aclamemos al Señor,
demos vítores a la Roca que nos salva;
entremos a su presencia dándole gracias,
aclamándolo con cantos. R/.

Entrad, postrémonos por tierra,
bendiciendo al Señor, creador nuestro.
Porque él es nuestro Dios,
y nosotros su pueblo,
el rebaño que él guía. R/.

Ojalá escuchéis hoy su voz:
«No endurezcáis el corazón como en Meribá,
como el día de Masá en el desierto;
cuando vuestros padres me pusieron a prueba
y me tentaron, aunque habían visto mis obras». R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 11,14-23

En aquel tiempo, estaba Jesús echando un demonio que era mudo.

Sucedió que, apenas salió el demonio, empezó a hablar el mudo. La multitud se quedó admirada, pero algunos de ellos dijeron:
«Por arte de Belzebú, el príncipe de los demonios, echa los demonios».

Otros, para ponerlo a prueba, le pedían un signo del cielo. Él, conociendo sus pensamientos, les dijo:

«Todo reino dividido contra sí mismo va a la ruina y cae casa sobre casa. Si, pues, también Satanás se ha dividido contra sí mismo, ¿cómo se mantendrá su reino? Pues vosotros decís que yo echo los demonios con el poder de Belzebú. Pero, si yo echo los demonios con el poder de Belzebú, vuestros hijos, ¿por arte de quién los echan? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero, si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros.

Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda su palacio, sus bienes están seguros, pero, cuando otro más fuerte lo asalta y lo vence, le quita las armas de que se fiaba y reparte su botín.

El que no está conmigo está contra mí; el que no recoge conmigo desparrama».

Reflexión del Evangelio de hoy

La sinceridad se ha perdido

Un pueblo que le da la espalda a Dios, no es un pueblo que camine de frente hacia la paz que busca. Jeremías, recuerda cómo Dios envió a muchos profetas para que escuchara la voz de Dios y caminara según sus preceptos. Pero el pueblo endureció su corazón. Lejos de Dios no hay sinceridad, un pueblo sin Dios es un pueblo cuya sinceridad ha sido arrancada de su boca. Es un pueblo cuya verdad y sentido de la vida se ha perdido.

La capacidad de proclamar la verdad de la vida se traduce con la experiencia que de Dios se tiene. Un pueblo que le da la espalda a Dios es el que reniega de su propia verdad, y endurece su corazón. Dios nos permite ver más allá de las fronteras de la sinrazón la profundidad de lo que significa humanizar la vida. Una vida abocada a la mentira, a la ausencia de verdad, traiciona lo más esencial del ser humano que es caminar hacia la luz de Dios.

Muchas veces nos engañamos a nosotros mismos cuando proclamamos la muerte de Dios en nuestra sociedad. Quizás, Nietzsche traicionara nuestras conciencias proclamando la emancipación del hombre respecto a Dios; ya que el hombre no ha crecido en su humanidad pretendida, ni tampoco en su libertad buscada y proclamada. Dar la espalda a Dios es dársela a nuestra propia historia. Y la historia siempre tiene algo que contar. Quizá la herencia nietzscheana sea su misma locura que nos procura una bárbara tensión entre la vida y la paz.

Si la esperanza fuera sólo un escenario de caminos imposibles de recorrer, entonces estaríamos abocados al final de los trayectos posibles para vivir. Una vida con Dios se hace mucho más atrayente cuando no estamos obligados a ser superhombres esclavizados en su pueril libertad, donde el compromiso por la vida, y la humanidad están ausentes de su sentido.

Un corazón endurecido es aquél que se ha dejado petrificar por los fracasos, aquél que camina imbuido por sus pesares, el que sustenta el mal como si fuera una máscara revolucionaria del pasado, aquél que se muestra incapaz de comprender la vida y su grandeza.

El Reino de Dios ha llegado a vosotros

Lucas nos dibuja un escenario de tensión. Se señala en el Evangelio de hoy que muchos creían que los signos milagrosos que Jesús mostraba eran obra del demonio. Y le pedían signos en el cielo.

Pero Jesús les hace ver que todo reino dividido o en guerra civil es un reino abocado a la ruina, al derrumbe de sus casas y fortalezas, lo que les protege y los que les habita es un sinsentido porque es un reino que se autodestruye a sí mismo.

Sin embargo, si sus signos lo sostienen la mano de Dios significa que el Reino de Dios ha llegado a vosotros. Es algo presente, una realidad que se puede palpar y comprender.

Jesús no cae en la tentación de mostrar signos en el cielo. Al contrario, se pone como punto de inflexión y mediación entre Dios y los hombres: "**El que no está conmigo, está contra mí, el que no recoge conmigo desparrama**".

Esta frase que muchas personas se arrojan, como si fueran dioses en sus trabajos y responsabilidades, no significa un buscar adeptos dóciles para mi causa. Es por encima de todo el punto al que ha de llegar un compromiso en la fe en Aquél que me sostiene. Es la garantía necesaria de que tu vida es un relato que Dios pronuncia con tu historia. Pero no caben medias tintas, esas sólo vuelven borroso los caminos que conducen a Dios.

Muchos signos en nuestra vida son los que nos hablan de Dios, que nos sugieren su presencia, cuando hay manos y miradas que te envuelven en su ternura, cuando hay corazones compasivos que te levantan de tu dolor, cuando hay voluntades que trabajan por la paz y la justicia, cuando la vida se traduce en la caridad desprendida que dona momentos de fraterna acogida, cuando el pobre es levantado en su dignidad y el enfermo consolado en su soledad, cuando el anciano es acompañado por rostros serenos que esperan algo de la vida. Estos son los momentos del Reino presente, los momentos de Dios que habita en nosotros, los momentos creadores de una esperanza infinita.

Oremos para que la presencia de Dios nos transforme cada día en aquellos que recogen con Jesús la vida que Dios nos proporciona, que nos asemeja a lo divino, y que nos prepara una esperanza sin límites.



Fray Alexis González de León O.P.
Convento de San Pablo y San Gregorio (Valladolid)

Vie
29
Mar
2019

Evangelio del día

[Tercera semana de Cuaresma](#)

“No estás lejos del Reino de Dios”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Oseas 14, 2-10

Esto dice el Señor:

«Vuelve, Israel, al Señor tu Dios,
porque tropezaste por tu falta.

Tomad vuestras promesas con vosotros,
y volved al Señor.

Decidle: “Tú quitas toda falta,
acepta el pacto.
Pagaremos con nuestra confesión:
Asiria no nos salvará,
no volveremos a montar a caballo,
y no llamaremos ya ‘nuestro Dios’
a la obra de nuestras manos.
En ti el huérfano encuentra compasión”.

“Curaré su deslealtad,
los amaré generosamente,
porque mi ira se apartó de ellos.

Seré para Israel como el rocío,
florecerá como el lirio,
echará sus raíces como los cedros del Líbano.

Brotarán sus retoños
y será su esplendor como el olivo,
y su perfume como el del Líbano.

Regresarán los que habitaban a su sombra,
revivirán como el trigo,
florecerán como la viña,
será su renombre como el del vino del Líbano.

Efraín, ¿qué tengo que ver con los ídolos?
Yo soy quien le responde y lo vigila.
Yo soy como un abeto siempre verde,
de mí procede tu fruto".

¿Quién será sabio, para comprender estas cosas,
inteligente, para conocerlas?

Porque los caminos del Señor son rectos:
los justos los transitan,
pero los traidores tropiezan en ellos».

Salmo de hoy

Salmo 80, 6c-8a. 8bc-9. 10-11ab. 14 y 17 R/. Yo soy el Señor, Dios tuyo; escucha mi voz

Oigo un lenguaje desconocido:
«Retiré sus hombros de la carga,
y sus manos dejaron la espuela.
Clamaste en la aflicción, y te libré. R/.

Te respondí oculto entre los truenos,
te puse a prueba junto a la fuente de Meribá.
Escucha, pueblo mío, doy testimonio contra ti;
¡ojalá me escuchases, Israel! R/.

No tendrás un dios extraño,
no adorarás un dios extranjero;
yo soy el Señor, Dios tuyo,
que te saqué del país de Egipto. R/.

¡Ojalá me escuchase mi pueblo
y caminase Israel por mi camino!
Los alimentaría con flor de harina,
los saciaría con miel silvestre». R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 12, 28b-34

En aquel tiempo, un escriba se acercó a Jesús y le preguntó:
«¿Qué mandamiento es el primero de todos?».

Respondió Jesús:

«El primero es: "Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser". El segundo es este: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". No hay mandamiento mayor que estos».

El escriba replicó:

«Muy bien, Maestro, sin duda tienes razón cuando dices que el Señor es uno solo y no hay otro fuera de él; y que amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser, y amar al prójimo como a uno mismo vale más que todos los holocaustos y sacrificios».

Jesús, viendo que había respondido sensatamente, le dijo:
«No estás lejos del reino de Dios».

Y nadie se atrevió a hacerle más preguntas.

Reflexión del Evangelio de hoy

En ti el huérfano encuentra compasión

Este fragmento de la profecía de Oseas, es prácticamente, el final de la misma; es un canto a la esperanza y al amor que Dios tiene a su pueblo.

Después de un periodo donde dominaron las idolatrías a Baal, incluso amparadas por el poder político, Oseas ofrece la posibilidad de que Israel se arrepienta y vuelva a la verdadera fe en Dios, para ello describe un acto de arrepentimiento, confirmando que los falsos dioses no son la garantía de una salvación eterna, y reconociendo que las desviaciones que habían tenido eran totalmente nefastas.

Ante esto Dios muestra su infinita misericordia y, aquí Oseas, relata de una forma totalmente poética, como Dios perdona todas las desviaciones y abre los brazos al arrepentimiento de sus hijos, reconociendo que la compasión del Señor se manifestará, sobre todo, en aquellos que se consideran huérfanos porque hasta sus mandatarios se han apartado de la verdadera fe.

El salmo nos anima a poner nuestra confianza en el Señor, que no confiemos en "ídolos" que nos seduzcan, sino que Él nos cuida y nos protege siempre.

No estás lejos del Reino de Dios

El relato de San Marcos nos sitúa en el momento que uno de los letrados de la ley aborda a Jesús, preguntándole cual es el principal mandamiento de la ley; Jesús le refiere "la Shemá" o principio fundamental de la ley judía: "Escucha Israel, el Señor es el único Dios, y lo amarás etc..." y además añade "el segundo es similar a este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

Vemos como Jesús resume todo su programa en una sola palabra: AMOR. Amor fundamentalmente a Dios y amor a los demás, no solo a los hermanos y conocidos, sino a todos, buenos y malos, amigos y enemigos, blancos y negros, en fin, a todos los que nos rodean.

El escriba replicó que, efectivamente, si cumplimos estos dos preceptos, todo lo demás es secundario, y que es más importante que todos los holocaustos y sacrificios, por eso Jesús le responde que no está lejos del Reino de Dios.

Vemos que el amor es el punto fundamental y la razón de ser de nuestra fe, como nos recuerda San Pablo en su carta a los corintios: si no tengo amor no soy nada, sino un ser sin trascendencia, pero sin embargo, el amor tal como nos indica Jesús, nos convierte en seres trascendentes, completos, unidos a Dios y a los hombres por ese vínculo irredimible que nos hace amar a Dios y querernos entre nosotros, como nos queremos a nosotros mismos.

¿Nos seducen los dioses de este mundo?

¿Es el amor la guía de nuestra vida?

¿Nos queremos solamente a nosotros?



D. José Vicente Vila Castellar, OP
Fraternidad Laical Dominicana Torrent (Valencia)

Sáb
30
Mar
2019

Evangelio del día

[Tercera semana de Cuaresma](#)

“¡Oh Dios! te compasión de este pecador”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Oseas 6, 1-6

Vamos, volvamos al Señor.

Porque él ha desgarrado,
y él nos curará;
él nos ha golpeado,
y él nos vendará.

En dos días nos volverá a la vida
y al tercero nos hará resurgir;
viviremos en su presencia
y comprenderemos.

Procuremos conocer al Señor.

Su manifestación es segura como la aurora.

Vendrá como la lluvia,
como la lluvia de primavera
que empapa la tierra».

¿Qué haré de ti, Efraín,
qué haré de ti, Judá?

Vuestro amor es como nube mañanera,
como el rocío que al alba desaparece.

Sobre una roca tallé mis mandamientos;
los castigué por medio de los profetas
con las palabras de mi boca.

Mi juicio se manifestará como la luz.

Quiero misericordia y no sacrificio,
conocimiento de Dios, más que holocaustos.

Salmo de hoy

Salmo 50, 3-4. 18-19. 20-21ab R/. Quiero misericordia, y no sacrificio

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado. R/.

Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.
El sacrificio agradable a Dios
es un espíritu quebrantado;
un corazón quebrantado y humillado,
tú, oh, Dios, tú no lo desprecias. R/.

Señor, por tu bondad, favorece a Sión,
reconstruye las murallas de Jerusalén:
entonces aceptarás los sacrificios rituales,
ofrendas y holocaustos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 18, 9-14

En aquel tiempo, dijo Jesús esta parábola a algunos que confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás:

«Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior:

“Oh, Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo”.

El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: “Oh, Dios!, ten compasión de este pecador”.

Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

Reflexión del Evangelio de hoy

¡Volvamos al Señor!

Con la voz potente de los profetas, en este caso de Oseas, se repite el mensaje central de la Cuaresma. Dios está dispuesto a dejarse llevar por la misericordia y perdonar siempre.

Con frecuencia, el pueblo judío rompió la alianza que había sellado con Dios de seguirle y tenerle como su único Dios y Señor. La verdad es que, demasiadas veces, se fue detrás de otros dioses. Las promesas y la misericordia de muchos del pueblo judío, son débiles, pasajeras, “como nube mañanera, como rocío de madrugada que se evapora”. Pero bien saben ellos que la misericordia de Dios no es así, sino que es eterna, para siempre y que nunca Dios permanece en su enfado. Por eso, se atreven a decir: “¡Ea, volvamos al Señor! Él nos desgarró, él nos curará; él nos hirió, él nos vendrá. En dos días nos sanará, al tercero nos resucitará y viviremos delante de él”. Tienen la seguridad de obtener el perdón de Dios, el que afirma: “Quiero misericordia y no sacrificios, conocimiento de Dios

más que holocaustos".

Jesús, cuando se llegó hasta nosotros, y como no podía ser de otra manera, siguió el comportamiento de su Padre Dios. Siempre perdonó y acogió a todo el que arrepentido se acercaba a él... y nos pidió que nosotros hicésemos otro tanto, siendo capaces de perdonar a nuestros ofensores "hasta setenta veces siete". Dios es amor, Jesús es amor y nosotros, hechos a imagen de Dios, también somos amor... y el amor lleva consigo el perdón.

¡Oh Dios!, te compasión de este pecador

Todos estamos hechos del mismo "material" humano, No somos dioses. Nuestra natural limitación nos lleva a encontrarnos en nuestras manos el mal que no queremos cometer pero que, de vez en cuando, cometemos. Nadie se puede presentar ante Dios con su hoja limpia de pecado. Nadie puede presentarse ante Dios como el erguido fariseo: "Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres"... que son pecadores. Lo nuestro es como lo del publicano. Reconociendo nuestras faltas y con el corazón dolorido por lo hecho y arrepentidos de verdad, decirle a nuestro Padre Dios: "Ten compasión de este pecador". Y ya que estamos en dialogo amoroso con nuestro Dios, pedirle también que nos siga regalando su ternura, su amor y las fuerzas necesarias para serle fiel a su amistad.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Dom
31 Mar

Homilía de IV Domingo de Cuaresma

Año litúrgico 2018 - 2019 - (Ciclo C)

"Este hijo mío estaba perdido y lo hemos encontrado"

Introducción

Ya próxima la Pascua, las lecturas de este cuarto domingo de cuaresma acentúan la idea del retorno, siempre acompañado de conversión, que consiste en la renovación del corazón para vivir con más entusiasmo la fe.

Tras un largo y fatigoso caminar por el desierto, el pueblo elegido llega desde la dura esclavitud de Egipto al umbral de la tierra prometida, para iniciar una historia nueva.

La parábola del hijo pródigo describe el viaje de cada persona, también del discípulo de Cristo, desde la lejanía del pecado o, simplemente, desde la apatía y la rutina para gozar del encuentro con el Padre. Este retorno se realiza transitando el camino que el mismo Padre ha abierto a la humanidad, Cristo Jesús. Es un camino amplio, abierto a todos. Por ese camino, que es el mismo Cristo, va el hijo pródigo que, reconociendo sus malos pasos, decide levantarse y volver. En este hijo está representado el género humano; en él estamos todos.

Mientras hacemos nuestro camino cuaresmal, la liturgia de la Iglesia nos ofrece esta hermosa parábola del hijo pródigo para que podamos gustar con agrado la grandeza de la misericordia de Dios hacia la humanidad y, por tanto, hacia cada uno de nosotros. Un mensaje especialmente cercano al corazón de Jesús quien, con gran fuerza, desea dejarlo patente ante quienes le criticaban entonces y a sus equivalentes de todos los tiempos.



Fr. Pedro Luis González González
Convento del Santísimo Rosario (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Libro de Josué 5, 9a. 10-12

En aquellos días, dijo el Señor a Josué: «Hoy os he quitado de encima el oprobio de Egipto». Los hijos de Israel acamparon en Gilgal y celebraron allí la Pascua al atardecer del día catorce del mes, en la estepa de Jericó. Al día siguiente a la Pascua, comieron ya de los productos de la tierra: ese día, panes ácimos y espigas tostadas. Y desde ese día en que comenzaron a comer de los productos de la tierra, cesó el maná. Los hijos de Israel ya no tuvieron maná, sino que ya aquel año comieron de la cosecha de la tierra de Canaán.

Salmo

Salmo 33. 2-3. 4-5. 6-7 R. Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloría en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren. R/. Proclamad conmigo la grandeza del Señor, ensalcemos juntos su nombre. Yo consulté al Señor, y me respondió, me libró de todas mis ansias. R/. Contempladlo, y quedaréis radiantes, vuestro rostro no se avergonzará. El afligido invocó al Señor, él lo escuchó y lo salvó de sus angustias. R/.

Segunda lectura

Lectura de la segunda carta del Apóstol San Pablo a los Corintios 5, 17-21

Hermanos: Si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo. Todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encargó el ministerio de la reconciliación. Porque Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados, y ha puesto en nosotros el mensaje de la reconciliación. Por eso, nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios. Al que no conocía el pecado, lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 15, 1-3. 11-32

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús todos los publicanos y pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos». Jesús les dijo esta parábola: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte que me toca de la fortuna". El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Recapacitando entonces, se dijo: "Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros". Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus criados: "Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado". Y empezaron a celebrar el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Este le contestó: "Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud". Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Entonces él respondió a su padre: "Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado". El padre le dijo: "Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado"».

Pautas para la homilía

Viaje de ida y vuelta: una experiencia del espíritu humano

Estamos ante una de las páginas más bellas del Evangelio que siempre logra tocar fibras muy profundas del corazón: arrepentimiento, vergüenza y nostalgia en el próódigo; egoísmo y envidia en el hermano mayor. Por encima de todo, el amor incondicional del padre que es el protagonista de la parábola. Un hombre siempre dispuesto a perdonar y que espera contra toda esperanza el regreso del hijo ausente.

También confía conquistar el corazón del hijo mayor que nunca ha abandonado físicamente el hogar, pero que vive allí como un extraño. Estos hermanos no asimilan su condición de hijos porque no logran comprender el amor y la generosidad de su propio padre y de ahí que, al rechazar su pertenencia al padre y a la casa paterna, no se sientan tampoco como hermanos.

La misericordia de Dios es el mensaje central de la parábola. En ella estos tres personajes, bien diferenciados y representando un poco a todos nosotros, van trenzando sus historias personales, para llegar a la conclusión deseada por Jesús: Dios es más misericordioso de lo que sus críticos, los fariseos y letrados, imaginan. Ofrece siempre a todos la posibilidad de un perdón que regenera a la persona para una vida nueva.

El hecho de que uno de sus hijos haya disipado su patrimonio no es lo que más preocupa al padre. Lo más doloroso para él consiste en que este hijo se haya ausentado, que viva lejos del hogar. Anhela su retorno y, cuando un día lo ve llegar a lo lejos, corre alborozado para recibirle y abrazarle. Ni siquiera le permite terminar las frases de excusa que había preparado. Lo que importa es que este hijo ha recapacitado y ha vuelto: *este hijo mío estaba perdido y lo hemos encontrado*. La preocupación del padre es devolver inmediatamente al hijo su dignidad como tal.

Y luego está el hijo mayor que físicamente nunca se ha ido del hogar, pero no comprende la grandeza de corazón del padre, tanto hacia su hermano menor como hacia él mismo. En su egoísmo, por el contrario, rechaza que su padre esté preocupado por el hijo disoluto, y más aún porque celebra su regreso a casa. Y se niega a participar en la alegría familiar.

Jesús añade la historia de este hijo mayor precisamente en referencia a escribas y fariseos, críticos de la conducta de Jesús que se muestra amigo de los pecadores. El hermano mayor representa a quienes se consideran justos porque cumplen la ley, pero carecen de espíritu y amor.

Así es Dios: un Padre que nos ama y perdona

La figura del padre de la parábola desvela el corazón de Dios. "Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas". Estos dos verbos definen a Jesús como la imagen perfectamente transparente de la compasión del Padre, que nos ama en su Hijo y espera siempre nuestra conversión y nuestro retorno cuando nos alejamos creyendo poder encontrar nuestra felicidad en otras cosas. Incluso entonces no deja de ser nuestro Padre y viene a nuestro encuentro cuando, movidos por su gracia, volvemos a Él. La fidelidad de su amor es más grande que cualquier pecado.

Por tanto, cualquiera que sea nuestra situación, podemos estar seguros de una cosa: nuestro Padre Dios espera vernos en el camino del retorno. No importa si somos el hijo pródigo o el hijo presuntuoso. No importa cuántas y cuan profundas sean las heridas que hemos ido acumulando en nuestra historia personal. Lo que realmente importa es un corazón arrepentido que retorna a los brazos misericordiosos del Padre.

Reconciliados con Dios podremos comenzar o reanudar, nuestro camino de fe como hijos, por gracia, por amor. Dios se ha preocupado de obtener nuestra reconciliación a un precio muy alto, dándonos a su propio Hijo: *Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna* (Jn 3, 16).

En las parábolas de la misericordia, la iniciativa de la reconciliación parte siempre de Dios, y a nosotros toca responder a su invitación. Así se nos reveló Dios en Cristo Jesús, que es la encarnación del perdón divino: *Todo procede de Dios que nos reconcilió consigo por medio de Cristo. Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirle cuentas de sus pecados. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios*" (2^a lect.).

En este tramo de Cuaresma que aún nos separa de la Pascua, estamos llamados a intensificar el camino interior de conversión. Dejémonos alcanzar por la amorosa mirada del Padre y volvamos a él con todo nuestro corazón, para sentarnos a la mesa en la Pascua con todos los hermanos.



Fr. Pedro Luis González González
Convento del Santísimo Rosario (Madrid)

Evangelio para niños

IV Domingo de Cuaresma - 31 de marzo de 2019



Parábola del hijo pródigo

Lucas 15, 1-3.11-32

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los letrados murmuraban entre ellos: - Ese acoge a los pecadores y come con ellos. Jesús les dijo esta parábola: - Un hombre tenía dos hijos: el menor de ellos dijo a su padre: - Padre, dame la parte que me toca de la fortuna. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país, que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer. Recapacitando entonces se dijo: - ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre! Me pondré en camino adonde está mi padre, y le dire: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros". Se puso en camino adonde estaba su padre: cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: - Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus criados: - Sacad enseguida el mejor traje, y vestidlo; ponidle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero ceado y matadlo; celebremos un banquete; porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado. Y empezaron el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Este le contestó: - Ha vuelto tu hermano; y tu

padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud. Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Y él replicó a su padre: - Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado. El padre le dijo: - Hijo, tu estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido, y lo hemos encontrado

Explicación

Entre las personas que escuchaban a Jesús había algunas que, se tenían por buenas y despreciaban a los otros que no eran como ellos. Para que comprendieran que nadie debe creerse más que nadie, Jesús les contó una parábola, que es como una historieta de la que se puede sacar una enseñanza. Este relato sirve para dejar claras dos cosas. La primera es que si el hijo pequeño es presentado como ejemplo de persona que hace mal, el hijo mayor se hace intragable por su dureza de corazón para con su hermano pequeño. Y la escena descalifica a quien se cree bueno, como el mayor, porque en el fondo es peor. La segunda cosa clara es que el mejor de los personajes que intervienen en la historia, con mucho, es el Padre. Por eso esta parábola, debería llamarse "del Padre Bueno". Volvamos a la casa del Padre, cuando estemos lejos. Vivamos con alegría, el regreso de quienes se fueron. El Padre, ¡vaya pedazo de padre!, abraza y acoge.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

DOMINGO 4º DE CUARESMA-C- (Lc 15,1-3. 11-32)

Narrador: En aquel tiempo se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle, y los fariseos y los letrados criticaban a Jesús porque acogía a los pecadores y... ¡hasta comía con ellos! Entonces, Jesús les contó esta parábola:

Jesús: Un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos dijo a su padre:

Hijo menor: Padre, dame la parte de la herencia que me toca, pues quiero vivir mi vida.

Padre: ¡Hijo! ¿Lo has pensado bien?

Hijo menor: Sí y quiero que me des lo que me corresponde.

Padre: ¿Es que te falta algo a nuestro lado? ¿No tienes lo que necesitas?

Hijo menor: ¡No! Quiero salir de aquí y vivir mi vida, hacer lo que me da la gana. ¿Te enteras?

Padre: Está bien, hijo, si ese es tu deseo...

Narrador: El padre les repartió los bienes. No muchos después, el hijo pequeño, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano. Allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente.

Hijo menor: ¿Quién quiere divertirse? ¡Venga, animaos! ¡Tengo mucho dinero! ¡Mirad, mucho dinero!

Amigote1: ¡Aquí estamos, amigo! Compartiremos tu alegría.

Amigote2: Vamos a divertirnos. ¡La vida es tan corta!

Narrador: Vino entonces por aquella tierra un hambre terrible, el dinero se había terminado, y empezó a pasar necesidad.

Hijo menor: ¡No me queda nada! ¡Lo he gastado todo con vosotros!

Amigote1: ¿Y a mí qué me dices? Ya tengo bastante con mis problemas.

Hijo menor: ¡Tienes que ayudarme! Estoy solo y lejos de mi casa.

Narrador: Tanto le insistió a un habitante de aquel país, que le mandó a cuidar los establos.

Amigote2: Está bien, puedes cuidar mis cerdos. Pero... ¡cuidado con comerte sus algarrobas! Quiero a mis cerdos bien gordos.

Hijo menor: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan y yo aquí me muero de hambre! Me pondré en camino a donde está mi padre, y le diré: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros".

Narrador: Se puso en camino a donde estaba su padre. Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y echando a correr se le echó al cuello y se puso a besarlo.

Hijo menor: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no merezco llamarme hijo tuyo.

Padre: Sacad enseguida el mejor traje y las mejores sandalias para mi hijo. Matad el ternero cebado. Celebraremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado.

Narrador: Y empezaron el banquete. El hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver a casa vio el jaleo de la fiesta y oyó la música, los criados estaban muy atareados y no entendía lo que pasaba.

Hijo mayor: ¿Qué pasa? ¿Dónde vais tan deprisa? ¿Qué música es ésa?

Criado: Ha vuelto tu hermano y tu padre nos ha mandado preparar una fiesta. Tu padre está muy contento porque tu hermano ha vuelto sano, y ha mandado matar el ternero cebado.

Padre: ¡Entra, hijo, entra! Tu hermano ha regresado.

Hijo mayor: ¡No!

Padre: ¿Por qué? ¿Es que no estás contento?

Hijo mayor: ¡Cómo voy a estarlo! Siempre te he servido, nunca te desobedecí y jamás me diste un cordero para comerlo con mis amigos. Y a este hijo tuyo que lo ha malgastado todo, le das el ternero cebado.

Padre: Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández